



ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



LA DESAFORTUNADA VIDA DE VICENTE VAN GOGH

por el

Doctor ENRIQUE CONDE GARGOLLO

De la Asociación Española de Escritores Médicos.
Madrid.

Vicente Van Gogh—personalidad determinante y genial—interesa como protagonista y lucubración de sus facultades creadoras a un tiempo, y unidamente al mundo del arte y de la Medicina. Su corta vida—brillante y desventurada—ha producido una extensa y sugestiva bibliografía entre libros, ensayos, artículos y crónicas, además de sus propias cartas a Emilio Bernard, a Pablo Gauguin y a su hermano Teodoro—documental epistolario—, donde ha quedado reflejada su intrínseca y atormentada personalidad. Se han cumplido ahora los cien años de su nacimiento: 30 de marzo de 1853.

En Groot-Zundert, en las tierras holandesas del Brabante septentrional, tierras bañadas por el Mosa y cerca de Breda—de gloriosos recuerdos hispanos—, vive sus primeros años en la rectoría de Zundert, junto a su padre, que ejerce su ministerio de pastor evangelista. Su madre, Ana Cornelia Carpentus, reparte con el pequeño Vicente—que es el mayor de sus seis hijos—toda su alegría y maternal quehacer.

Vicente fué en su infancia un pequeño serio, voluntarioso, huraño, a ratos hosco y poco aficionado a los juegos infantiles; sin embargo, las horas se le hacen cortas cuando su padre le permite ayudarlo en sus deberes religiosos de la rectoría, y esa diaria coyuntura y particular oportunidad influirá más tarde en sus primeros años de adolescente, al pretender graduarse en Teología, y será motivo de su primera salida del hogar al marchar a Amsterdam.

En Amsterdam, Van Gogh descubre sus primeros impulsos como boceto diseñado con timidez de sus propias fantasías, y recorre la ciudad de los viejos canales, en cuyas aguas se reflejan los vetustos edificios.

Vive las horas matinales en los museos, y se extraña vivaz y existente ante la poesía del color y de la forma. Van Gogh abandona poco a poco sus ideas e ilusiones religiosas, para comenzar con firmeza de voluntad su fervor por la pintura.

Por consejo de sus padres, marcha a París, donde su hermano Teodoro está empleado en un pequeño establecimiento de pinturas; allí vive sus veinte años mozos, penosos, inciertos y ásperos; pero Vicente Van Gogh persevera en su vocación por los ambientes artísticos de Montmartre, de Montparnasse y de los «faubourgs». Al rincón de la modesta tiendecilla llegan las ruidosas ilusiones y los triunfos fugaces de la bohemia artista que vive el post-romanticismo. Van Gogh se encuentra a sí mismo en su Barrio Latino, en sus paseos por los jardines del Luxemburgo, por la recoleta placita de San Andrés de las Artes, por aquellos parajes evocados por Balzac, donde viven modestos artesanos y soñadores hijos de las Musas.

Todavía es la época que Francia sigue después de su Revolución y de aquellos tiempos napoleónicos, fi-

jando el interés del mundo como centro estético—por lo que a pintura se refiere—. El arte pictórico de Europa entre los siglos XVIII y XIX lo comparten España y Francia. Goya nació en 1746 y Luis David en 1748, los dos en cada medio ambiente—como señalábamos en un trabajo recién publicado—, logran que las tendencias pictóricas se salven de la crisis que amenazaba a Europa en aquel momento.

Residiendo en París, Van Gogh sufre una larga y penosa infección intestinal (¿tifóidea?), que le obliga a convalecer en su paisaje del Zundert; allí nuestro pintor se siente iluminado por la Naturaleza viva, las formas, los colores y el movimiento, que ejercen un notable influjo sobre su alma, despertándole sentimientos multiformes. A Van Gogh, el campo le penetra por todos sus poros, y se entrega al goce estético del paisaje.

Es una verdadera entrega, porque trasciende del alma, y más tarde, en sus años de febril labor pictórica, percibirá la Naturaleza con intensidad anormal de hiperestésico, con crisis—en ocasiones hasta dolorosas—, y su personalidad, entre genial y patológica de esquizoide, se escindirá trágicamente, pues ya es reconocida desde los antiguos griegos (Herodoto, II, 35) la influencia cósmica sobre el temperamento de los hombres y su razón espiritual.

Sin embargo, Vicente Van Gogh, que recupera su cuerpo debilitado en la ordenada y sonora soledad del campo de su aldea natal, percibe que sus ideales espirituales están lejos, los tiene incorporados al París que ha vivido en los últimos años; Van Gogh existe ya para la pintura, y ya próximo a sus treinta años se incorpora definitivamente a la misma.

Su personalidad en el claroscuro de la genialidad y la patología servirá de apoyo a su espíritu extraño e inadaptado para rechazar las enseñanzas oficiales de Mauve en su «atelier» de La Haya, y las clases «académicas» de Cormon a su regreso a París. Ha llegado de nuevo a la capital francesa, cuando el realismo de Courbet y el naturalismo de Zola toman posiciones en la mente humana; allí sabe que están las diversas tendencias, los grupos, las controversias pictóricas, los «ismos». Vicente Van Gogh—inquieta y joven—se incorpora al impresionismo junto a Cézanne y Gauguin, como precursores de la pintura luminosa del siglo XX. Cuando Van Gogh presenta por primera vez sus telas con brillantes paisajes, flores y composiciones de su época provenzal (1888), el público de París señala su admiración al artista (Vollard: «Memorias de un vendedor de cuadros»).

A la edad de veintiocho años inicia su labor pictórica—cuando en la mayoría, la vocación se manifiesta en los años agrídulces de la adolescencia—, y Van Gogh se deja llevar de su temperamento sensible y nervioso, ávido por conocer el secreto de la línea, el

color y la luz; Van Gogh fué pronto un renovador del impresionismo, y así, Cézanne consideraba la pintura del holandés como la de un loco. Es esa locura que en el espíritu creador del artista rompe sus cadenas e intenta evadirse de su propia prisión y lograr con la libertad, la belleza y la razón de la obra soñada. En Van Gogh, su mente brilla como la del genio incomprendido, y su obra encuentra en su delirio una razón de ser y de evasión. El clásico concepto que señaló Erasmo en su *MORIAE ENCOMIUM* —el «Elogio de la locura», 1509, como obra de arte—Erasmo, con su fina ironía y buen humor, decía que «la cordura es a la locura lo que la razón es a la pasión».

Y, sin embargo, en la obra pictórica de Vicente Van Gogh no hay drama, ni visiones, ni alucinaciones; es siempre la verdadera Naturaleza hendida por el sol del mediodía provenzal. Su espíritu de hombre del Norte se libera de la luz de París, atravesada perezosamente por cendales de niebla, que durante muchos años han inhibido su genio creador y su deseo de pintar.

Vicente Van Gogh se instaló en Arlés—la ciudad que conserva vestigios y recuerdos romanos—; estamos en el año 1888, y hasta su muerte pasará estos años en el brillante campo provenzal. Cézanne, que fué esencialmente un provenzal y cantó a nuestro pintor las bellezas de su tierra natal, influye mucho para trasladarse desde París. Como su admirado Delacroix—en África—y Gauguin—en las lejanas tierras de Tahiti—buscan la luz para lograr un verdadero renacimiento pictórico. Van Gogh vive los años más fecundos de su corta existencia, pues en ninguna tierra de la dulce Francia se encuentra la hermosa luz y el cielo más puro, la atmósfera más diáfana. Allí, entre olivares y trigales, entre los floridos huertos, con sus refulgentes girasoles de oro bronceado—que tanto gustó de inmortalizar—, Vicente Van Gogh se encuentra de frente ante el maravilloso despliegue de la luz, con un hiperchromatismo de intensidad casi metálica, y su paleta «era un incendio», como escribía su amigo Emilio Bernard (*RECUERDOS SOBRE VAN GOGH*, 1925).

Logra su genio creador ofrecer su pintura sin salirse de los límites de la materia—el color como elemento puro—, plasmando la flor torturada y el trigo inclinado bajo el viento, con las huellas del pincel embriagado en el color. El vive en el campo, trabaja «de sol a sol», se satura de aire y de matices luminosos, vive con pasión el paisaje, desea conquistar la Naturaleza mediante los colores brillantes y cálidos de su paleta atormentada por sus nervios en tensión febril por escrutar el horizonte.

Van Gogh fué un hombre verdaderamente enloquecido por el color: jamás se preocupó del color de los cielos de sus telas—tan pronto verdes, otras veces amarillos, etc.—, a condición de que toda mirada humana lograse interpretarlo como él.

Los colores tienen ante Van Gogh alma y psicología, y debemos pensar en su mente genial o enferma para lograr alcanzar las reacciones de su retina y sensibilidad anímica ante ciertas tonalidades de su pincel, guiado por su razón en crisis; Van Gogh está obsesionado por el lumínar—como un verdadero intoxicado—deslumbrado, arrebatado por un sol meridional, y así surgen esas agudas composiciones en amarillo de cromo, en anaranjados brillantes, en verdes Verones, en verdes esmeraldas, etcétera, etc., revelando estas sutiles y radiantes sinfonías el verdadero estado fundamental de su ánimo, que estudiado por Prinzhorn, lo señala como fiel representación de sus brotes esquizofrénicos. En

Van Gogh se percibe con diafanidad su personalidad psíquica; su abundante epistolario—que luego comentaremos—y su febril actividad artística—ochocientas cuarenta y cuatro obras en ocho años—se caracterizan por el entrecruzamiento de la misma idea obsesiva y la repetición incesante de determinados temas, pintando docenas de veces el mismo paisaje.

En su autismo y desprecio social sólo establece sus sentimientos afectivos hacia tres personas: su hermano Teodoro y sus amigos Gauguin y Emilio Bernard. En su vida no hay un amor profundo y constante a determinada mujer, son pasajeras aventuras impuestas por un deseo atormentado, pero carente del brotar fecundo de un amor espiritual; su pasión por Cristina—mujer de vida fácil—es pura estampa «dostoyevskiana», animada por su febril curiosidad de lector apasionado de Tolstoi, de Dostoyevski, de Balzac, de Dickens, y quiere que los recuerdos literarios se vivifiquen en su propia vida.

Existencia estremecida de angustia y zozobra la de este hombre, como la vida de Nerval, de Baudelaire... y otros de su época dècimónica. Su manera de ser, inquieto, introspectivo, lleno de incertidumbres, que poco a poco se hace alucinada, delirante, con febril pasión de ánimo que se aprecia en sus cartas. La correspondencia epistolar de Van Gogh fué copiosa: escribió a su hermano menor Teodoro (Théo) más de seiscientas cincuenta cartas, que, junto a las que envió a sus amigos Emilio Bernard y Pablo Gauguin, es la mejor fuente de conocimientos, donde refleja sus íntimos pensamientos; sus proyectos, sus inquietudes, padecimientos, concepciones estéticas; sus amores, sus lecturas, y su personal visión y percepción.

Estas cartas se publican completas en primera edición entre los años de 1914 y 1925 en Amsterdam, y en pequeños fragmentos en revistas de Alemania, Francia e Inglaterra. Quiero señalar—por su interés documental en el aspecto médico—algunos trozos de sus cartas, dos años antes de su muerte:

«... Creo que Gruby está en lo cierto para esos casos: comer bien, vivir bien, ver a pocas mujeres; en una palabra: vivir de antemano, absolutamente como si uno tuviera ya una enfermedad cerebral y una enfermedad de la médula, sin contar la neurosis, la cual existe, realmente...»
Arlés (abril de 1888).

«... Creo que si queremos vivir y trabajar, es preciso ser muy prudentes y cuidarnos. Agua fría, aire, alimento sencillo y bueno, vestirse bien, tener buena cama y no tener fastidios ni angustias internas...»
Arlés (4 de mayo de 1888).

«... sin embargo, estoy mejor que en París, y si mi estómago se ha vuelto excesivamente débil, éste es un mal que adquirí allí, probablemente en gran parte por el vino malo, del que bebí demasiado...»
Arlés (mayo de 1888).

«... más disipado, enfermo, cabeza rota estoy, más artista creador, me vuelvo yo también en este gran renacimiento del arte, del que hablamos...»
Arlés (29 de julio de 1888).

Poco a poco su mente enferma avanza hacia la muerte, sufre de fuertes cefaleas e insomnios, tiene arrebatos de cólera, las disputas son interminables, y en una de ellas el pintor amenaza a su íntimo amigo Gauguin con una navaja barbera. Meses más tarde, en otro acceso de furia, se da un corte, y se secciona la oreja derecha, y su hermano Teodoro le recluye en una sala del Hospital de Arlés (1889). Su equilibrio mental roto se recupera en poco tiempo, y sigue pintando, pero con mayor paroxismo, con mayor obsesión, con verdadera fatiga, deslumbrado por la luminosidad estival, saturada su alma por los colores brillantes.

«... Ahora tenemos un fuerte calor, muy glorioso, sin viento, lo que me viene muy bien. Un sol, una luz que, por falta de palabra mejor, puedo llamar amarilla, amarilla de azufre pálido, limón pálido oro. ¡Qué hermoso es el amarillo!...»
Arlés (agosto de 1888).

«... Si el domingo hubiera estado con nosotros, hubieras visto una viña roja, completamente roja, como el vino tinto, la cual se tornaba amarilla en la lejanía; y luego un cielo verde con el sol, terrenos de la lluvia violetas, y con contornos amarillos por aquí y por allá, donde se reflejaba el sol poniente...»
Arlés (noviembre de 1888).

La influencia patógena de la luz y del color en Neurología se limita a una acción indirecta sobre la función simpática y una discreta alteración de los centros nerviosos en determinados sujetos con un factor neuropatológico predisponente y condicional. Este es el caso de Van Gogh.

Recordemos que las experiencias de Pagnier han demostrado que el suero de un paciente epiléptico o en crisis de esquizofrenia posee una acción mioclonizante sobre el cobaya, más marcada en verano que en invierno, y que, a su vez, aumenta en escala por irradiación ultravioleta. Y Bref señala que los rayos solares muy luminosos pueden suscitar irritabilidad del sistema nervioso traducido a la esfera del psiquismo con accidentes de gravedad variable.

Nuestro pintor pasó sus últimos años de trabajo en pleno campo; él decía a los suyos que le gustaba pintar con «el sol del mediodía, con toda luminosidad»; luego es posible sospechar que Vicente Van Gogh enfermase de un verdadero estado de insolación crónica, que se manifestaba por sus arrebatos cólicos y por su hiperestésica vida anímica, que le hundía cada hora más allá de los límites de la razón. Cualquiera tratado de Medicina interna nos dice que el síndrome de la insolación «puede variar desde una simple lipotimia hasta cuadros nerviosos graves» (Marañón).

Otro factor irritativo para la personalidad esquizofrénica de Van Gogh fué el viento «mistral»; él señala en muchas de sus cartas que era feliz cuando pintaba «sin viento».

Piéry y Faury, en Francia, han señalado la frecuencia de crisis convulsivas en individuos epilépticos y neuropáticos, desencadenadas por la acción excitante del viento «mistral», y el profesor Aimes estudiando la región de Montpellier en la época de los vientos, ha señalado ciertas modificaciones de carácter, de accesos de nerviosidad con melancolía, irritabilidad extrema y sensibilidad exagerada, que también el profesor Mouriquand, de Lyon, clasifica de síndrome del viento mistral. Y Galdi, en Italia, ha señalado la frecuencia de una cefalea METEOROTROPA que presentan algunas personas muchas horas antes de que un viento determinado sople.

Vicente Van Gogh vivió sus últimos años en Provenza, y el campo de Arlés, de Montpellier, de Aviñón está sometido a los componentes característicos del clima, donde el «mistral» alcanza verdadera violencia y larga duración, vientos bajos y periódicos del Noroeste durante meses seguidos. Más o menos intensa y manifestamente, el «mistral» fué un agente perturbador en la vida de Van Gogh.

En mayo de 1889 sufre nuevas crisis agudas de su esquizofrenia, y voluntariamente se interna en el Manicomio de Saint-Paul de Mausole, en Saint-Rémy. En este último año, su autismo ante la realidad y las roturas de las relaciones con el medio ambiente se hacen más profundas, su pintura repite incesante el mismo tema.

El doctor Gachet le vigila con singular devoción, y Van Gogh ejecuta un admirable retrato al médico

y amigo de los impresionistas. El doctor Gachet usó el seudónimo de «Van Ryssel», y fué un excelente dibujante y grabador, y logró un agudo retrato del pintor holandés en su lecho de muerte.

Cambia de residencia, y es recluido en el Manicomio de Auvers-sur-Oise. Llega el verano de 1890, y, después de una etapa de equilibrio mental, Van Gogh sale del manicomio, vive en un modesto hospedaje que tiene café y tertulia en la pequeña plaza principal de Auvers. Se prepara para trabajar en sus últimas telas. El domingo 27 de julio fué su tragedia: como un relámpago lívido y fugaz, su conciencia se eclipsa y resuelve poner fin a sus angustias. Van Gogh marcha por el campo alucinado, lleva un revólver «para tirar a los cuervos», dice él. Se dispara un tiro en el pecho. Tiene treinta y siete años, y muere de forma trágica: erró la bala, no alcanza al corazón, se desliza a lo largo del tórax y penetra en el vientre. Gachet intenta salvarle, pero la extracción del proyectil era imposible, su búsqueda habría precipitado su muerte. Agoniza entre su hermano Teodoro y el doctor Gachet; sólo hay palabras de consuelo:

—Ten confianza, confianza. Nosotros te salvaremos.
—Es inútil—responde Van Gogh—. La tristeza durará toda la vida.

Dos días después del suceso, Vicente Van Gogh muere. Fué enterrado en el humilde cementerio de Auvers-sur-Oise, la pequeña villa de la Ile-de-France, cerca de Pontoise, la tierra que vio nacer al poeta Villon en el siglo XV, y donde en el siglo XIX fué sosegada residencia de Renoir, de Corot, de Cézanne, los que tanto influyeron en la inquietud artística de Vicente Van Gogh.

BIBLIOGRAFIA

- AIMES (A.): *Influence des vents en Météoro-Pathologie*. Edit. Maloine, París, 1932.
ARTAUD (A.): *Van Gogh, le suicide de la société*. K. éditeur, París, 1947.
CASSINELLI (B.): *Historia de la locura*. Edit. Iberia, Barcelona, 1942.
DOITRAU (V.) y LEROY (E.): *La folie de Van Gogh*. Edit. Aescallape, París, 1928.
GALDI (F.): *La emicrania meteorotropa*. «La Riforma Médica», 16 de marzo de 1940.
HUIZINGA (J.): *Eraamo*. Ediciones del Zodiaco, Barcelona, 1946.
MEIER-GRAEF (J.): *Vincent Van Gogh*. Edit. Poseidon, Buenos Aires, 1946.
PÉREZ-DOLZ (F.): *Flores y paisajes de Vicente Van Gogh*. Monografía de arte. Volumen IV. Edit. Orbis, Barcelona, 1940.
PHILIPPART (G.): *Lettres de Vincent Van Gogh a son frère Théo*. Edit. Grasset, París, 1937.
VALLEJO NAGERA (A.): *Locos egregios* 1.ª ed. Edit. Salvat, Barcelona, 1946.

TERAPEUTICA VIRILIZANTE

ANDROLON

Auténtica hormona masculina